

Ramón Valenzuela R.

Recuerdos de una juventud

DOMINGO MELFI

Cuando abandoné la aldea natal para venir a conquistar un modesto lugar en esta gran aldea santiaguina, en las alternativas ingenuas y amargas a que es sometido el provinciano que tiene la audacia de venir a disputar un medio de vida entre los consagrados, en mis andanzas y contactos con los genios criollos, pude informarme de que un nuevo escritor con bríos y calidades de maestro, se había adueñado del comentario intelectual del momento.

El nombre de Julián Sorel se divulgaba de grupo en grupo escoltado por una serie de adjetivos elogiosos, que rara vez era dada oír tan unánimemente en el ambiente.

Caso extraño de un hombre que se imponía de la noche a la mañana sin que nadie discutiera su arrogante personalidad. Pero había algo más extraño aún. Julián Sorel era un mito. Nadie había logrado identifi-

car personalmente al afortunado autor, a excepción del ya connotado novelista Eduardo Barrios, quien al oír los comentarios sonreía misteriosamente.

Muchos fuimos los que llegamos a pensar que Eduardo Barrios y Julián Sorel constituían un mismo personaje.

Debo confesar que para el tímido provinciano que era yo por aquellos tiempos, esos comentarios me producían una reacción muy saludable. Julián Sorel, a lo mejor, era el provinciano vengador que se imponía con arrogancia principesca sin haber tenido que sufrir las quemantes ironías con que los dispensadores de la gloria procuran fulminar a los osados que pretenden disputarle un lugar en el paraíso de su egoísmo.

Afortunadamente, entre los hombres de letras los secretos tienen una vida muy efímera.

Una noche, Martín Escobar, más conocido como el «Loro Escobar», frente a un grupo de botellas vacías y a varios compañeros que le habían ayudado a consumir el contenido, manifestó ser el guardador de un importante secreto.

—A ver Loro, cuenta... cuenta.

—Tendría que estar muy borracho para divulgar un secreto de tanta importancia, así, porque sí. Se defendió el Loro.

—Si es que deseas ponerte al día, que vengan otras seis botellas, ordenó Federico Gana.

—Si no son más que seis, yo compro el secreto, advirtió el «Gringo Oliver».

—Mejoren la oferta. Doce es un precio muy equitativo, manifestó conciliador «El Loro».

—En realidad es una oportunidad la que ofrece Martín, contar un cuento tan barato, advirtió Pedro Gil.

—Bueno, que vengan las doce, pero que El Loro largue el secreto, silbó el Chicho Suárez.

Martín paladeó un trago, encendió un cigarrillo e inició la narración.

—Ustedes saben que hay noches que como con mis amigos, tal como ha ocurrido hoy. De vez en cuando también me invitan algunos diplomáticos dados a las letras. Pero la mayoría de las noches soy invitado por mis amigos del arrabal que son los más espléndidos, porque ni siquiera me torturan con leerme cuentos ni versos. Además nunca me hablan de política ni que la vida está muy cara.

—Entre los ladrones hay gente muy distinguida, —alternó Federico Gana—. Yo también los conozco y a varios de ellos me ha tocado defenderlos de la justicia burguesa. Hoy día algunos están, muy bien colocados. Se han dedicado a la política.

—Bueno, que siga Martín.

—Como les iba contando... Anoche fuí a comer a casa de Eduardo Barrios...

—¿En calidad de diplomático o de qué?—interrumpió Juan Guzmán Cruchaga.

—Si me siguen interrumpiendo no les cuento nada...

—Que se lleven las botellas, gritó el gringo Oliver.

—Eso si que no, intervino Pedro Gil, haciendo amago de pararse.

—Entonces que siga el cuento.

—Bueno. Fuí a comer a casa de Barrios... ¿Y a que no adivinan a quién encontré allí?

—Qué gracia... Al Pachá Madariaga.

—Qué esperanzas. No lo adivinarán jamás...

—Se te ha pagado para que cuentes, y no para que vengas con adivinanzas, advirtió de nuevo el Chicho Suárez.

—Es que doce botellas no les da derecho a ser tan exigentes, defendió Pedro Gil.

—Tú te callas. La sociedad con el Loro sólo te da derecho a participar de las utilidades.

—Error fundamental, caballeros. Nuestra sociedad es de colaboración mutua.

—Bien! Nadie te impide que te bebas las seis botellas que te corresponden, pero cállate para que siga el Loro.

—Veo que están razonables, agregó Gil.

—Como les iba diciendo. Anoche fuí a casa de Barrios y allí descubrí a Julián Sorel.

—Qué sinvergüenza el Eduardo Barrios, gritó indignado Pedro Gil. No les decía yo que Julián Sorel era el mismo Barrios...

—No, hombre, cállate. Cuando te emborrachas no dices nada más que disparates.

—¿Conociste a Julián Sorel en persona?

—Sí, señores.

—¿Qué clase de bicho es?

—Es un hombre joven, buen mozo, muy elegante y casado con una mujer estupenda.

—¡Qué macanudo tipo!

—¿Y se llama Julián Sorel?

—No, señores. Se llama Domingo Melfi Demarco.

—Nombre de príncipe.

—Con razón escribe tan bien el tipo.

Aquella noche de alegre bohemia, la muchachada se dispersó de amanecida.

Después de muchas noches como ésta, en un día luminoso conocí a Domingo Melfi, allá en su ciudad. En Talca.

La ciudad de Talca de aquella época, soñolienta y señorial, residencia de adinerados agricultores, productora de algunas lindas mujeres y de otros productos que abastecen las necesidades nacionales, poseía y posee, una hermosa plaza y en ella un frondoso peumo, cuya paternidad se han disputado varios próceres talquinos, constituyendo a veces disputas que han producido profundas divisiones en la noble casta social, poseedora de tan altas tradiciones, como el Piduco y la canilla de Don Quijote.

Allí en la plaza, a la sombra del prestigiado peumo, como si dijéramos en las gradas de un templo griego, un verano, de paso a mi tierra, conocí a Domingo Melfi, a Enrique Escala, a Jerónimo Lagos Lisboa, a Aníbal Jara, y además a otros jóvenes, en

aquella época inexpertos, que suspiraban por ser iniciados en los secretos de la literatura y la filosofía.

Me los presentó el poeta de las «Tierras Pobres»,
Jorge González Bastías

A todos los recuerdo como si fuera hoy, porque además de estar convencido del talento y gran calidad de algunos, de todos me queda el permanente recuerdo de su leal amistad.

Melfi y Escala, distintos físicamente, pero nivelados por una gran afinidad espiritual, eran tan correctos y sobrios en el vestir que de haberlos conocido el príncipe de Sagán o el atildado Brúmel les hubieran consultado discretamente qué sastre los vestía.

Jerónimo Lagos Lisboa, meticuloso y pulcro, con esa dulzura del poeta fervoroso del romanticismo, cuya melena y corbata delataban su contraposición al empaque de alto oficinista de la Compañía Chilena de Fósforos.

Jorge González Bastías, propietario de una parte de las riquezas del Maule y de la totalidad del río, a quien le ha dedicado sus mejores versos. Vestido a la «negligé», con sus bigotes caídos y el pelo desgredado entonando un canto interminable, pero que de vez en cuando interrumpía con un largo suspiro que no tenía otra finalidad que la de renovar el aire para seguir entonando el mismo cantar.

Aníbal Jara Letelier, vestido a la moda talquina, pero cubriendo la rebeldía del cabello con un cham-

bergo, que no le alcanzaba a cubrir su rebeldía espiritual.

El joven (en aquella época) Samuel Letelier, presumiendo de refinamientos sólo presentidos.

Rafael Rojas, procurando escudriñar la sabiduría de los maestros por si en realidad era efectiva.

Eleazar Vergara, haciéndoles versos a las mujeres bonitas. Muy perdonable, pues todavía no conocía al «León».

Aquel tronco de la plaza era para los talquinos una especie de Olimpo, en el que sólo tenían derecho a reunirse ese grupo de rebeldes, a los cuales no les concedían la calidad de dioses, pero de los cuales hablaban en la intimidad elogiosamente.

Para el visitante que iba huyendo del ambiente santiaguino, Talca, con su plaza, su peumo y aquel grupo de hombres, constituía una saludable fuente de renovación espiritual. Después de pasar allí tres o cuatro días, se salía más reconfortado y reconciliado con sus deshechas ilusiones.

En el grupo, Melfi oficiaba de Gran Maestro: Oía al forastero con irónica sonrisa, como diciendo: «la mitad de lo que cuentas son ingeniosas mentiras. Pero esto está bien, porque todo corresponde a una verdad literaria, la cual sería una humilde y andrajosa peregrina si nosotros no la adornáramos con los ropajes de nuestra fantasía».

Algunos años después, Melfi vino a Santiago, y do-

minando escollos y barreras de egoísmo, impuso la solidez de su personalidad.

Los que tuvimos la suerte de ser sus amigos, jamás dejamos de serlo.

Mariano Latorre, Luis Durand y el que escribe estos lejanos recuerdos, siempre vivieron muy juntos a él.

Domingo Melfi fué uno de los hombres dueños de su propio destino.

En la brillante oración con que él despidió a Enrique Escala, profetizó su propio destino.

«Los amados de los dioses mueren jóvenes».

El día de su muerte, me encontré con Mariano Latorre, quien sinceramente dolorido, me expresó:

—Con Melfi se va una parte de nuestra vida, Culpeo.

En realidad, Mariano sintetizó, en esa frase el dolor con que todos hemos visto partir a uno de nuestros más dilectos amigos.